

NUEVA BIBLIOTECA DE LA LIBERTAD

Colección dirigida por

Jesús Huerta de Soto

EL CAPITALISMO
Y LOS HISTORIADORES

HAYEK, ASHTON, HACKER,
DE JOUVENEL, HARTWELL, HUTT

EL CAPITALISMO
Y LOS
HISTORIADORES

TERCERA EDICIÓN



Unión Editorial

2020

Título original: *Capitalism and the Historians*
The University of Chicago, 1956
El ensayo de R.M. Hartwell «The Rising Standard of Living
in England, 1800-1850» se publicó en *Economic History Review*,
XIII (1961)

© 1974 UNIÓN EDITORIAL, S.A
© 1997 UNIÓN EDITORIAL, S.A (2.ª Edición)
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A (3.ª Edición)

c/ Nicaragua, 17 - local • 28016 Madrid
Tel.: 91 350 02 28
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-797-1
Depósito legal: M. 11.576-2020

Compuesto e impreso por JPM GRAPHIC, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR A LA TERCERA EDICIÓN EN ESPAÑOL	9
PREFACIO, por Jesús Huerta de Soto	11
NOTA PREVIA.	13
CAPÍTULO I: HISTORIA Y POLÍTICA	
Por F.A. Hayek	15
CAPÍTULO II: EL TRATAMIENTO DEL CAPITALISMO POR LOS HISTORIADORES	
Por T.S. Ashton	37
CAPÍTULO III: LOS PREJUICIOS ANTICAPITALISTAS DE LOS HISTORIADORES NORTEAMERICANOS	
Por Louis M. Hacker	63
CAPÍTULO IV: LOS INTELLECTUALES EUROPEOS Y EL CA- PITALISMO	
Por B. de Jouvenel	87
CAPÍTULO V: EL NIVEL DE VIDA DE LOS TRABAJADORES EN INGLATERRA DESDE 1790 A 1830	
Por T.S. Ashton	113
CAPÍTULO VI: EL AUMENTO DEL NIVEL DE VIDA EN INGLATERRA DE 1800 A 1850	
Por R. M. Hartwell	141
CAPÍTULO VII: EL SISTEMA DE FÁBRICA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX	
Por W.H. Hutt	181

NOTA DEL EDITOR
A LA TERCERA EDICIÓN EN ESPAÑOL

En 1954, y bajo la batuta de Friedrich von Hayek, veía la luz por primera vez este libro colectivo de ensayos bajo el título de *Capitalism and the Historians*. Quienes estamos familiarizados con la literatura en torno a la Revolución Industrial y los orígenes del capitalismo, sabemos que la demonización de ciertos períodos históricos ha creado una suerte de «leyenda negra» que, muchas veces, pesa sobre los propios historiadores, politólogos y economistas de raigambre liberal. No se trata tampoco de defender lo indefendible, ni de idealizar las múltiples problemáticas de una época donde hubo, desde luego, espacio para formas de violencia laboral difíciles de discutir.

Es encomiable, en cualquier caso, esta labor de revisionismo del autor de *Los fundamentos de la libertad*, quien introduce los ensayos de reputados pensadores como T.S. Ashton —que plantea una radiografía historiográfica completa del tratamiento del capitalismo— o R.M. Hartwell —quien reescribe la tesis oficial de que el nivel de vida en la Inglaterra de principios y mediados del siglo XIX empeoró—.

Dado que los tópicos y discursos hegemónicos que desmontan Hayek y sus compañeros siguen dando luz a nuevas tesis doctorales, ensayos y estudios históricos año tras año, no cabe sino reivindicar la capacidad de *El capitalismo y los historiadores* para hablarle, cara a cara, a nuestros tiempos.

PREFACIO

Por JESÚS HUERTA DE SOTO

La interpretación de los hechos históricos relacionados con el capitalismo y la economía de mercado está muy influido por todo tipo de prejuicios de tipo político. Las diferentes ideologías intervencionistas recurren sistemáticamente a la historia para tratar de convencer a los ciudadanos de que el capitalismo «sin freno» empobrece a las masas. Y como ejemplo de este hecho se suele recurrir a relatos sobre la «tenebrosa» situación de la clase trabajadora durante la Revolución Industrial que no dejan lugar a dudas respecto al juicio histórico que a toda persona decente debe merecer el capitalismo. Esta versión de los hechos se filtra a través de los libros de texto, obras literarias, y medios masivos de comunicación y da lugar a una visión del mundo económico y social de la Revolución Industrial que se ha convertido en un verdadero «dogma de fe» prácticamente no discutido por nadie.

Y, sin embargo, esta visión del capitalismo no se corresponde con la realidad histórica. Desde el comienzo de la segunda mitad de este siglo ha comenzado toda una corriente revisionista que ha demostrado que la interpretación popular es errónea y que durante la Revolución Industrial el nivel de vida, económico y social, de las clases trabajadoras no dejó de aumentar.

A estudiar los distintos aspectos de esta cuestión vital para proceder a un juicio imparcial sobre la evolución histórica del capitalismo se dedica el presente volumen en el que, a parte de su editor F.A. Hayek, intervienen los académicos más prestigiosos que han protagonizado la destrucción intelectual del mito

sobre el supuesto pernicioso papel del capitalismo durante la Revolución Industrial.

Este libro surgió como consecuencia de los diferentes trabajos que fueron preparados por sus autores con motivo de la cuarta reunión anual de la Sociedad de académicos liberales Mont Pélerin, que tuvo lugar en Beauvallon (Costa Azul francesa) en Septiembre de 1951. Es precisamente a partir de este evento cuando los historiadores, espoleados por Ashton, Hacker y Hartwell, empiezan a darse cuenta de que en el pasado han tendido a proporcionar una imagen distorsionada del capitalismo que es preciso corregir.¹

Cuatro años después, en 1956, se publica por The University of Chicago Press la primera versión inglesa de este libro con el título *Capitalism and the Historians*. El libro alcanza un éxito resonante y es traducido y publicado por primera vez en español en 1974. La importancia de esta obra ya clásica, junto con la obstinada visión mítica sobre la Revolución Industrial que todavía perdura en muchos ámbitos de nuestro país, han aconsejado la reedición de este libro, dentro de la colección «Nueva Biblioteca de la Libertad»; como capítulo VI incorpora, como novedad no incluida en la primera edición, el artículo que el Prof. R.M Hartwell preparó especialmente para la edición italiana de *El capitalismo y los historiadores*, y que no fue publicado en la edición inglesa original. Estamos seguros de que esta tercera edición de *El capitalismo y los historiadores* será tan bien acogida como la primera y la segunda y contribuirá en gran medida a que las nuevas generaciones de españoles conozcan con más exactitud y veracidad el importante papel que la economía de mercado ha jugado en el pasado como motor del desarrollo económico e impulsor de la civilización.

¹ Una explicación detallada sobre los antecedentes y proceso de formación de *Capitalism and the Historians*, puede verse en R.M. Hartwell, *A History of the Mont Pélerin Society*, Liberty Fund, Indianápolis, 1995, pp. 90-94.

NOTA PREVIA

Los tres primeros ensayos de este volumen fueron presentados en una reunión de un grupo internacional de economistas, historiadores y estudiosos de ciencias sociales que desde hace años se reúnen para discutir cómo salvaguardar la sociedad libre de la amenaza del totalitarismo. Uno de los temas discutidos en la reunión de la Mont Pèlerin Society, celebrada en Beauvallon, Francia, en septiembre de 1951, fue la interpretación que los historiadores dan del capitalismo. De los cuatro ensayos que sirvieron de base a la discusión, el del profesor M. Silberschmidt, de Zurich, no está desgraciadamente disponible en forma escrita y tampoco se dispone del texto del animado debate que siguió. Los participantes en la discusión creyeron que era conveniente publicar los otros tres ensayos, y se consideró útil incluir en esta publicación algunos escritos anteriores de miembros de la Sociedad, estrechamente ligados con el tema discutido. Puesto que se me encargó de llevar a la práctica este proyecto, he tratado de explicar —en una introducción que se basa en gran parte en lo que en la discusión se trató— el significado del problema afrontado en las páginas que siguen. El segundo de los escritos del profesor Ashton incluidos en este volumen se publicó originariamente en el *Journal of Economic History*, suplemento IX, 1949, y el escrito del profesor Hutt en *Economica* de marzo de 1926. Agradezco a los directores y editores de ambas revistas su autorización a reimprimir estos artículos.

F.A. HAYEK

CAPÍTULO I

HISTORIA Y POLÍTICA

F.A. HAYEK

Ha existido siempre una estrecha relación mutua entre las convicciones políticas y las opiniones sobre los acontecimientos históricos. Las experiencias del pasado son la base sobre la cual se construyen esencialmente nuestras opiniones acerca de si son deseables una u otra política o institución, mientras que, por otro lado, nuestras opiniones políticas de hoy influyen y colorean inevitablemente nuestra interpretación del pasado. Si bien es demasiado pesimista pensar que el hombre no aprende nada de la historia, bien podemos preguntarnos si lo que aprende es siempre la verdad. Mientras, por un lado, los acontecimientos del pasado constituyen la fuente de la cual el género humano saca sus experiencias, por otro lado sus opiniones no se basan necesariamente en hechos objetivos, sino en las fuentes e interpretaciones escritas a que puede acceder. Apenas nadie discutirá que nuestras ideas sobre lo bueno y lo malo de las diversas instituciones están determinadas por los efectos en el pasado que les atribuimos. Apenas existe ningún ideal o concepto político que no incluya opiniones sobre una serie de acontecimientos históricos, y, viceversa, son pocos los recuerdos históricos que no sirvan como símbolo para una meta política. Sin embargo, las ideas históricas que nos guían en el presente no coinciden siempre con los hechos históricos; incluso muchas veces son menos la causa que el efecto de las convicciones políticas. Los mitos históricos han desempeñado, en la formación de las opiniones, un papel quizá casi tan grande como los hechos históricos. Sin embargo, ape-

nas podemos esperar sacar provecho de las experiencias de nuestro pasado, si los hechos de los cuales deducimos nuestras consecuencias no coinciden con la realidad.

Por ello, probablemente los historiadores influyen sobre la opinión pública de manera más inmediata y completa que los tratadistas políticos que lanzan nuevas ideas. Es más, parece que tales nuevas ideas generalmente no penetran en amplios círculos en su forma abstracta, sino más bien a través de la interpretación que hacen de determinados hechos. En este sentido, el poder directo sobre la opinión pública está por lo menos un paso más cerca del historiador que del teórico. Y mucho tiempo antes de que el historiador profesional tome la pluma, la conversación diaria sobre los acontecimientos del pasado más reciente ha creado una imagen muy precisa de estos acontecimientos, quizá ha creado varias imágenes distintas, que influyen sobre la discusión contemporánea tanto como cualquier diferencia de opiniones sobre los nuevos planteamientos.

Esta influencia fundamental de las concepciones históricas en boga sobre la formación de las opiniones políticas se comprende hoy quizá menos que en el pasado. Tal vez ello se deba a que muchos historiadores modernos tienen la pretensión de mantenerse en una posición puramente científica y totalmente libre de cualquier prejuicio político. Es claro que tal actitud constituye un riguroso deber del científico en lo que respecta a su trabajo de investigación histórica, es decir, la verificación de los hechos. No hay razón alguna para que los historiadores de distintas convicciones políticas no puedan coincidir cuando se trata de hechos. Pero ya en el principio de la investigación, cuando debe decidirse qué cuestiones merecen ser planteadas, los juicios de valor individuales no pueden dejarse a un lado. Y es también más que dudoso que pueda escribirse una historia coherente de un periodo o de una serie de acontecimientos sin interpretar los hechos de manera que no sólo se apliquen teorías sobre el enlace de los procesos socia-

les, sino que además éstos se contemplan a la luz de determinados valores; por lo menos, es más que dudoso que una historia así escrita merecería ser leída. Escribir historia es —a diferencia de la investigación histórica— tanto, por lo menos, un arte como una ciencia; además, el que intenta escribir historia y olvida que esto le plantea la tarea de formular una interpretación a la luz de determinados valores se engaña a sí mismo y será víctima de sus prejuicios personales subconscientes.

Tal vez no existe un mejor ejemplo de la manera como los ideales políticos de una nación, durante más de un siglo, y los de la mayoría de las naciones del mundo occidental, por un tiempo más corto, fueron formados por los escritos de un grupo de historiadores que la influencia que ejerció la inglesa «interpretación *whig* de la historia». Probablemente, puede decirse sin exageración que por cada hombre que conocía, de primera mano, las obras de los filósofos políticos que habían fundado la tradición liberal, había cincuenta o incluso cien que la habían asimilado en los escritos de autores como Hallam y Macaulay o Grote y Lord Acton. Es significativo que el historiador inglés moderno que más que ningún otro contribuyó a desacreditar esta tradición liberal llegara más tarde a escribir que «quienes, quizá con errado fanatismo juvenil, quieren hacer desaparecer aquella interpretación *whig*... se ocupan en barrer una habitación que realmente no puede permanecer mucho tiempo limpia. Abren las puertas a siete demonios que, precisamente por ser recién llegados, son peores que el primero.»¹ Y si bien defiende todavía la tesis de que la «historia *whig*» ha sido una «falsa» interpretación histórica, afirma, sin embargo, que «fue una de las partidas de nuestro activo» y que «ha actuado saludablemente sobre la política inglesa».²

¹ Herbert Butterfield, *The Englishman and His History*, Cambridge University Press, Cambridge 1944, p. 3.

² *Ibid.*, p. 7.

Si la «historia *whig*» fue, en algún sentido importante, falsa interpretación histórica, es tal vez una cuestión sobre la que todavía no se ha dicho la última palabra, pero que no queremos discutir aquí. Sus beneficiosos efectos en orden a crear la atmósfera esencialmente liberal del siglo XIX está fuera de duda y ciertamente no puede atribuirse a ninguna falsa descripción de los hechos. Fue, principalmente, una interpretación política de la historia y los hechos fundamentales sobre los que se construyó estaban fuera de toda duda. No puede, en todos sus aspectos, ser medida con los modernos patrones de la investigación histórica, pero dio a las generaciones que crecieron en su espíritu un verdadero sentido del valor de la libertad política que sus antepasados habían conquistado para ellos, y, además, les sirvió de guía para conservar esta conquista.

La interpretación *whig* de la historia pasó de moda con la decadencia del liberalismo. Pero es más que dudoso que la moderna interpretación histórica, precisamente porque pretende ser más científica, haya llegado a ser realmente una guía más segura y digna de crédito en los sectores en que más ha influido sobre la formación de las opiniones políticas. La interpretación política de la historia ha perdido, en realidad, gran parte de la influencia y de la fuerza cautivadora que poseyó en el siglo XIX, y es dudoso que alguna obra histórica de nuestros días pueda ser comparada en amplitud o en eficacia inmediata con la *History of England* de Macaulay. Sin embargo, la medida en que nuestras actuales opiniones políticas son coloreadas por dogmas históricos no ha disminuido. Como el interés se ha desplazado desde los problemas jurídico-constitucionales al terreno social y económico, hoy aparecen los dogmas históricos que actúan como fuerzas impulsoras principalmente en forma de opiniones sobre la historia económica. Probablemente es justo decir que ha sido una interpretación socialista de la historia la que ha dominado el pensamiento político durante las dos o tres últimas generaciones, y que este pensamiento consiste fundamentalmente en una peculiar

visión de la historia económica. Lo más digno de observar en esta interpretación histórica es que la mayor parte de las afirmaciones a las que se ha dado la categoría de «hechos que todo el mundo conoce» se ha demostrado hace tiempo que son ficciones, y, sin embargo, fuera del círculo de los historiadores económicos profesionales, estos «hechos» siguen siendo aceptados casi universalmente como los fundamentos sobre los cuales se basa el juicio acerca del orden económico existente.

Si se explica a la gente que sus convicciones políticas están condicionadas por especiales opiniones sobre historia económica, la mayor parte contestará que no se ha interesado nunca por tales cosas y no ha leído ningún libro sobre ellas. Esto no quiere decir que estas personas, como el resto de los hombres, no acepten como hechos demostrados muchas de las leyendas que en algún momento fueron puestas en circulación por autores de obras de historia económica. Aunque en el indirecto y complicado proceso por el que las nuevas ideas políticas llegan hasta el público el historiador ocupa una posición decisiva, también él se desenvuelve principalmente sobre la base de ulteriores reelaboraciones. Solamente después de atravesar varias fases, la imagen que dibuja se convierte en propiedad general; a través de la novela y el periódico, del cine y del discurso político, y, finalmente, a través de la escuela y la conversación cotidiana, el hombre medio se forma sus concepciones históricas. Pero incluso gentes que no leen nunca libros y probablemente no han oído el nombre del historiador cuyas opiniones les influyen acaban por ver el pasado a través de sus lentes. De este modo, muchos dogmas se han convertido en elementos integrantes del catecismo político de nuestro tiempo, por ejemplo, ciertas ideas sobre el desarrollo y los efectos de los sindicatos obreros, sobre el supuesto crecimiento progresivo del monopolio, sobre la destrucción deliberada de mercancías como consecuencia de la competencia (en realidad, éste es un hecho que siempre que se ha producido ha sido obra de un monopolio, por lo general sostenido por

el Estado), sobre la no utilización de descubrimientos beneficiosos, sobre las causas y los efectos del «imperialismo», y, finalmente, sobre el papel de la industria armamentística en particular, o de los «capitalistas» en general, en la provocación de las guerras. Muchos de nuestros contemporáneos se sorprenderían altamente si supieran que sus opiniones sobre estas cuestiones carecen casi totalmente de fundamento en hechos probados, y no pasan de ser meros mitos puestos en circulación por motivos políticos, difundidos con la mejor intención por personas en cuyos esquemas generales encajan bien. Sería preciso escribir varios libros como éste para mostrar cómo la mayor parte de lo que sobre estos problemas creen no sólo algunos radicales, sino también no pocos conservadores, no es historia, sino sólo leyenda política. Aquí nos limitaremos a señalar algunas obras sobre estos problemas en las cuales el lector puede informarse sobre las más importantes cuestiones mencionadas.³

Existe, sin embargo, un mito de primer orden que ha contribuido más que ningún otro a desacreditar el sistema económico al que debemos nuestra civilización actual y al que está dedicado el presente volumen. Se trata de la leyenda según la cual la situación de las clases trabajadoras empeoró como consecuencia de la implantación del «capitalismo» (o del «sistema fabril o industrial»). ¿Quién no ha oído hablar de los «ho-

³ Véase M. Dorothy George, «The Combination Laws Reconsidered», *Economic History* (suplemento del *Economic Journal*), vol. 1, mayo de 1927, 214-28; W.H. Hutt, *The Theory of Collective Bargaining* (P.S. King, Londres 1930); trad. esp.: *La contratación colectiva*, Unión Editorial, Madrid 1974, y *Economists and the Public* (Jonathan Cape, Londres 1936); trad. esp.: *El economista y la política*, Unión Editorial, Madrid 1974; L.C. Robbins, *The Economic Basis of Class Conflict* (Macmillan, Londres 1939) y *The Economic Causes of the War* (Jonathan Cape, Londres 1939); Walter Sulzbach, «Capitalistic Warmongers»: *A Modern Superstition*, Public Policy Pamphlets, n.º 35 (University of Chicago Press, Chicago 1941); G.J. Stigler, «Competition in the United States», en *Five Lectures on Economic Problems* (Longmans, Green, Londres y Nueva York 1949); G. Warren Nutter, *The Extent of Enterprise Monopoly in the United States, 1899-1939* (University of Chicago Press, Chicago 1951); y, sobre la mayoría de estos problemas, las obras de Ludwig von Mises, especialmente su *Socialism* (Jonathan Cape, Londres 1935).

rreros del capitalismo inicial» y no ha sacado la impresión de que la aparición de este sistema trajo nueva e indecible miseria a extensas capas de población que hasta entonces estaban relativamente satisfechas y vivían con desahogo? Deberíamos, con razón, considerar funesto un sistema culpable de haber empeorado, aunque fuera sólo por cierto tiempo, la situación de la capa de población más pobre y más numerosa. La difundida repulsa emocional contra el «capitalismo» se halla estrechamente ligada a la creencia de que el indiscutible aumento de riqueza producido por el orden competitivo se consiguió al precio de un deterioro del nivel de vida de las capas sociales más débiles.

Tal fue, en efecto, la doctrina ampliamente difundida durante algún tiempo por ciertos historiadores económicos. Sin embargo, un examen más cuidadoso de los hechos ha conducido a revisar radicalmente esta doctrina. Pero una generación después de haber sido resuelta esta controversia, la vieja idea sigue gozando de general aceptación. Cómo pudo nacer esta doctrina y cómo pudo, largo tiempo después de su refutación, continuar influyendo sobre la opinión pública, son dos cuestiones que merecen seria investigación.

Esta concepción se encuentra con frecuencia no sólo en la literatura política hostil al capitalismo, sino también en obras que en conjunto contemplan favorablemente la tradición política del siglo XIX. Un buen ejemplo lo ofrece la siguiente cita de la *Historia del liberalismo europeo*, de Ruggiero, libro apreciado con razón: «Fue precisamente en el periodo del desarrollo industrial más activo cuando empeoraron las condiciones de vida del trabajador. La duración del trabajo se alargó desmesuradamente; la ocupación de mujeres y niños en las fábricas hizo descender los salarios; la aguda competencia entre los mismos trabajadores que ya no estaban ligados a sus parroquias, sino que viajaban libremente y podían reunirse allí donde la demanda de sus servicios era mayor, abarató todavía más el trabajo que ofrecían en el mercado: crisis industria-

les numerosas y frecuentes —inevitables en un periodo de crecimiento, cuando la población y el consumo no se han estabilizado todavía— incrementaban de tiempo en tiempo la multitud de parados, el ejército de reserva del hambre.»⁴

Para una afirmación tal no había, hace veinticinco años, cuando fue hecha, ninguna excusa. Un año después de ser publicada por primera vez, Sir John Clapham, el más destacado conocedor de la historia económica moderna, se quejaba con razón con las siguientes palabras: «La leyenda de que la situación del trabajador empeoró progresivamente desde la redacción de la *People's Charter* hasta la Gran Exposición no acaba de desaparecer. El hecho de que tras el descenso de los precios de los años 1820-21 el poder de compra de los salarios en general —no naturalmente el salario de cada uno— fue decididamente más alto que inmediatamente antes de la Revolución y de las guerras napoleónicas se ajusta tan poco a las ideas tradicionalmente aceptadas que rara vez se menciona, con lo cual los historiadores sociales prescindieron persistentemente de los trabajos realizados por estadísticos que se ocupan de salarios y precios.»⁵

La opinión pública general apenas ha mejorado en este sentido, aunque la mayoría de los autores más responsables de la difusión de la opinión contraria se ven obligados a reconocer los hechos. Pocos autores han contribuido más al nacimiento de la creencia de que en los primeros años del siglo XIX la situación de la clase trabajadora empeoró considerablemente que Mr. y Mrs. Hammond; sus obras se citan con frecuencia como prueba. Pero hacia el fin de su vida reconocie-

⁴ Guido de Ruggiero, *Storia del liberalismo europeo* (Bari, 1925), traducido al inglés por R.G. Collingwood, con el título de *The History of European Liberalism* (Oxford University Press, Londres 1927), p. 47, esp. p. 85. [Traducción española, Edit. Pegaso, Madrid 1944. -Ed.] Resulta interesante observar que Ruggiero parece obtener sus hechos principalmente de otro historiador supuestamente liberal, Elie Halévy, aunque Halévy nunca los expresó tan rudamente.

⁵ J.H. Clapham, *An Economic History of Modern Britain* (Cambridge University Press, Cambridge 1926), vol. 1, capítulo 7.

ron que «los estadísticos nos informan que, tras el estudio de los datos de que disponen, pueden afirmar que los ingresos subieron y que la mayoría de los hombres y mujeres, en el tiempo en que este descontento se hizo ruidoso y activo, eran menos pobres que anteriormente, en el silencio otoñal de los últimos años del siglo XVIII. El material de prueba es naturalmente escaso, y su utilización no es fácil, pero probablemente esta afirmación es cierta, en términos generales.»⁶

Sin embargo, esto apenas podía modificar la influencia general que sus escritos habían ejercido sobre la opinión pública. Por ejemplo, en uno de los estudios más recientes y serios sobre la historia de la tradición política de Occidente, podemos leer: «...pero como todos los grandes experimentos sociales, el descubrimiento del mercado de trabajo también resultó caro. Tuvo como consecuencia, en primer lugar, un rápido y fuerte descenso del nivel de vida material de las clases trabajadoras».⁷

Estaba a punto de escribir que esta opinión la sostiene hoy casi exclusivamente la literatura popular, cuando me vino a las manos el último libro de Bertrand Russell, en el cual este autor, como si quisiera confirmar mis tesis, afirma a la ligera: «La revolución industrial provocó en Inglaterra, como también en América, una miseria indescriptible. En mi opinión, apenas nadie que se ocupe de historia económica puede dudar que el nivel medio de vida en la Inglaterra de los primeros años del siglo XIX era más bajo que el de cien años antes; y esto ha de atribuirse casi exclusivamente a la técnica científica.»⁸

Apenas puede reprocharse al profano inteligente si supone que una manifestación tan categórica de un autor tan dis-

⁶ J.L. Hammond y Barbara Hammond, *The Bleak Age* (1934) (edición revisada, Pelican Books, Londres 1947), p. 15.

⁷ Frederick Watkins, *The Political Tradition of the West* (Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1948), p. 213.

⁸ Bertrand Russell, *The Impact of Science on Society* (Columbia University Press, Nueva York 1951), pp. 19-20.

tinguido debe ser cierta. Si Bertrand Russell cree esto, no hemos de sorprendernos de que las versiones de historia económica, hoy difundidas por centenares de miles de ediciones populares, sean principalmente de la clase que siguen propagando estos viejos mitos. Es una rara excepción encontrar una novela histórica sobre el periodo que renuncie al efecto dramático que brinda la historia del súbito empobrecimiento de grandes grupos de trabajadores.

El verdadero curso de los hechos —es decir, el lento e irregular ascenso de las clases obreras que, según nuestros conocimientos actuales, tuvo lugar entonces— es, naturalmente, para el profano, mucho menos sensacional e interesante. Pues esto no es otra cosa que la situación normal que está acostumbrado a esperar; y apenas se le ocurre la idea de que este progreso no es, en modo alguno, inevitable, que ha sido precedido por siglos en los cuales la posición de los más pobres se mantuvo bastante invariable, y que solamente gracias a las experiencias de muchas generaciones hemos logrado contar con un constante progreso hacia situaciones mejores; gracias a experiencias con el mismo sistema que el profano sigue considerando como la causa de la miseria de los pobres.

Las discusiones sobre las consecuencias de la naciente industria moderna para las clases trabajadoras versan casi siempre sobre las condiciones en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX; sin embargo, la gran transformación a que se refieren había empezado ya mucho antes, poseía en aquel tiempo considerable historia, y se extendía mucho más allá de las fronteras de Inglaterra. La libertad de actividad económica, que en Inglaterra se había revelado tan importante para el rápido aumento del bienestar, era, probablemente, en principio, sólo un subproducto casi casual de las limitaciones que la Revolución del siglo XVII había impuesto a los poderes del gobierno; y únicamente tras haber observado sus beneficiosos efectos generales, los economistas explicaron la relación entre los hechos y postularon la supresión de las últimas barreras que se ope-

nían a la libertad del comercio. Por consiguiente, en muchos sentidos, induce a error hablar del «capitalismo» como si se tratase de un sistema nuevo y completamente distinto, que hubiera nacido súbitamente a finales del siglo XVIII. Empleamos aquí esta expresión porque es la más conocida, pero lo hacemos muy a disgusto, porque este concepto, con sus implicaciones modernas, es, en buena parte, una creación de esa interpretación socialista de la historia económica a la que aquí nos estamos refiriendo. La expresión induce a error, sobre todo porque se enlaza frecuentemente con la idea del crecimiento del proletariado desposeído, al cual, a través de cierto oscuro proceso, se le habría privado de la justa propiedad de los medios de producción.

La verdadera historia de la conexión entre el capitalismo y el creciente proletariado es, aproximadamente, la contraria de la que sugieren esas teorías de la expropiación de las masas. La verdad es que durante la mayor parte de la Historia, para la mayoría de los hombres, la propiedad de los medios de producción fue condición esencial para conservar la vida o, por lo menos, para poder fundar una familia. El número de los que podían mantenerse con su trabajo para otros, sin poseer los instrumentos de este trabajo, se limitaba a una pequeña fracción de la población. La cantidad de tierra y de instrumentos de labranza que se heredaba de generación en generación limitaba el número total de los que podían vivir. No poseerlos significaba, en la mayoría de los casos, la muerte de hambre, o, por lo menos, la imposibilidad del matrimonio. Existía poco estímulo y apenas posibilidad para que una generación acumulara los medios de producción adicionales que hubiesen podido conservar en vida, en la próxima generación, a un mayor número de población, mientras la ocupación de los trabajadores adicionales sólo significaba una ventaja en los limitados casos en que una mayor división del trabajo podía hacer más productiva la labor del propietario de los medios de producción. Sólo cuando el uso de máquinas produjo ma-

yores beneficios y con ello creó medios y posibilidades para su inversión, apareció, en medida creciente, la posibilidad de que el excedente de población que en el pasado había aparecido constantemente —hasta entonces, condenado a morir— ahora conservase la vida. Las cifras de población, que durante muchos siglos habían permanecido prácticamente constantes, empezaron ahora a elevarse extraordinariamente. El proletariado, que el capitalismo «creó», por así decirlo, no era, por consiguiente, una parte de la población que habría existido sin él y que fue reducido por él a un nivel de vida más bajo; se trata más bien de un incremento de la población que sólo pudo tener lugar gracias a las nuevas posibilidades de ocupación creadas por el capitalismo. La afirmación de que el aumento de capital hizo posible la aparición del proletariado sólo es verdad en el sentido de que el capital elevó la productividad del trabajo, y, en consecuencia, un número mucho mayor de hombres, a los cuales sus padres no habrían podido dar los necesarios medios de producción, pudieron mantenerse gracias solamente a su trabajo; pero primero hubo que crear el capital, antes de que pudiesen conservar la vida aquellos que más tarde reclamaron una participación en la propiedad del capital. Es cierto que esto no tuvo como causa la generosidad, pero por primera vez en la Historia ocurrió que un grupo de hombres tuvo interés en invertir gran parte de sus ingresos en nuevos medios de producción, que debían ser utilizados por personas cuyos alimentos no habrían podido ser producidos sin aquellos medios de producción.

Las estadísticas muestran elocuentemente cómo la aparición de la moderna industria tuvo por efecto un aumento de la población. No vamos a ocuparnos ahora de que este hecho en sí contradice ampliamente la opinión general sobre las funestas consecuencias del nuevo sistema de fabricación para las masas. Nos limitaremos también a mencionar solamente el hecho de que el nivel de vida de la capa de población más pobre no podía mejorar considerablemente —por mucho que

aumentase el nivel de vida promedio—, mientras esta mejora de los trabajadores que alcanzaban un cierto nivel de productividad determinaba un aumento de población que compensaba plenamente el aumento de producción. Pero es importante destacar aquí que este aumento de la población, principalmente en los trabajadores de las fábricas, había tenido lugar en Inglaterra al menos dos o tres generaciones antes de la época en que se supone que la situación de los obreros empeoró seriamente.

El periodo al que se refiere esta afirmación es también el periodo en el que se planteó por primera vez, de forma general, el problema de la situación de la clase trabajadora. Y las opiniones de algunos de los contemporáneos de entonces son realmente la fuente principal de las opiniones hoy dominantes. Por consiguiente, nuestra primera pregunta debe ser: ¿Cómo tal impresión, en contradicción con los hechos, pudo estar tan extendida entre los hombres de aquel tiempo?

Una razón fundamental consiste, evidentemente, en que se fue teniendo cada vez más conciencia de determinadas situaciones que anteriormente habían pasado inadvertidas. Precisamente el alza de riqueza y bienestar logrados alteró también los criterios y aumentó las exigencias. Lo que se había considerado siempre como una situación normal e inevitable, o incluso como un progreso frente al pasado, apareció ahora a los observadores como incompatible con las posibilidades que parecía brindar la nueva era. La privación económica se vio ahora con más precisión y al mismo tiempo pareció menos justificada debido a que el bienestar general aumentaba más rápidamente que nunca en el pasado. Pero, naturalmente, esto no demuestra que la gente cuyo destino empezaba ya a suscitar descontento e indignación estuviera ahora peor que sus padres y sus abuelos. Si bien se ha demostrado, sin duda alguna, que existía gran miseria, no hay ninguna prueba de que esta miseria fuera mayor o igual que la del tiempo anterior. Las largas hileras de casas baratas de los obreros de las fábricas

cas eran probablemente más feas que las pintorescas cabañas en que habían vivido una parte de los campesinos o de los trabajadores a domicilio; y parecieron, sin duda, más alarmantes al gran propietario rural o al aristócrata ciudadano que la miseria anterior, ampliamente esparcida por el campo. Mas, para los que se habían trasladado del campo a la ciudad, la nueva situación significaba una mejora; e incluso cuando el rápido crecimiento de los centros industriales trajo consigo problemas sanitarios, a los que hubo que hacer frente lenta y trabajosamente, las estadísticas no dejan ninguna duda de que la situación sanitaria general, en su conjunto, experimentó una notable mejoría.⁹

Sin embargo, para explicar el tránsito de una visión optimista de los efectos de la industrialización a una visión pesimista, este despertar de la conciencia social es, probablemente, menos importante que el hecho de que este cambio de opinión no se produjo en los distritos fabriles, donde se tenía un conocimiento de primera mano del curso de los hechos, sino en la discusión política de la capital de Inglaterra, que estaba un poco apartada del reciente desarrollo y sentía escaso interés por él. Es sabido que la idea de las «terribles» condiciones que se suponía se daban en la población fabril de los Midlands y del norte de Inglaterra estaba muy extendida en las altas esferas de Londres y del Sur, durante las décadas 1830-40 y 1840-50. Proporcionaba uno de los principales argumentos con que la clase terrateniente replicaba a los fabricantes, para combatir la oposición de éstos a las leyes sobre cereales y a favor del librecambio. Y de estos argumentos de la prensa conservadora sacaron los intelectuales radicales de aquellos días, sin saber gran cosa de primera mano sobre los distritos industriales, los puntos de vista que habían de servir como armas de propaganda política generalmente utilizadas.

⁹ Véase M.C. Buer, *Health, Wealth and Population in the Early Days of the Industrial Revolution* (Londres: Routledge, 1926).